

El Guardián del Tiempo



El Guardián del Tiempo

José Iván Riascos Castro



EDITORIAL
aula 
DE HUMANIDADES

Riascos Castro, José Iván

El guardián del tiempo / José Iván Riascos Castro; [ilustraciones, Melissa Díaz Caicedo]. – 1a ed. -- Bogotá: Editorial Aula de Humanidades, 2021.

p. 58 (Literatura. Cuento)

Contenido: Pachamama -- Los pétalos de la vida -- Yagecito cielo -- Tiempo de renacer -- El poder de los elementos -- Arrayán -- El legado de Ofidia -- El regreso.

ISBN 978-958-5196-02-5 (impreso) -- 978-958-5196-03-2 (digital)

1. Cuentos colombianos - Siglo XXI I. Díaz, Melissa. I. Título II. Serie

CDD: Co863.5 ed. 23

CO-BoBN- a1074930

EL GUARDIÁN DEL TIEMPO

ISBN: 978-958-5196-02-5 (Versión impresa)

ISBN: 978-958-5196-03-2 (Versión digital)

© Editorial Aula de Humanidades

© José Iván Riascos Castro

© Melissa Díaz Caicedo (Ilustraciones)

Colección: Literatura

Serie: Cuento

Primera edición, 2021

www.editorialhumanidades.com

Maquetación

Jorge Leonel Pineda A.

Ilustraciones y cubierta

Melissa Díaz Caicedo

Impreso en Colombia



Contenido

Pachamama	7
Pétalos rojos de la vida	11
Yagecito cielo	17
Tiempo de renacer	21
Los cuatro elementos	27
Arrayán	35
El legado de Ofidia	45
El regreso	49

Pachamama

Se encontraba aturdido, su mirada perdida en lo nebuloso. A su alrededor, unos cuantos barrotes de metal que le impedían salir volando. Desesperado, aleteaba con temor, tenía sed y ganas de salir de ese inhóspito lugar. En medio de las sombras, miró llegar a un ser extraño que traía alimento en sus manos; lo colocó en un recipiente y abrió la jaula, mientras sacaba el agua. El temeroso cautivo aprovechó el momento para salir por una ventana que daba a un ruidoso lugar. Aturdido por el estruendo y la contaminación, siguió sin saber a dónde dirigirse. Entre tanto, miraba extrañas máquinas que exhalaban humo, gigantes monstruos de concreto. En un abrir y cerrar de ojos recordó los exuberantes paisajes de ese tapiz de retazos del que no volvió a saber más.

Cansado, desorientado y desesperado, paró en un geranio. Con tanta sed que tenía, probó de ese néctar, un poco raro, un tanto desagradable: no era el mismo sabor de los geranios que crecían en ese maravilloso Valle de Atriz donde había motilonos, arrayanes, majúa, palo de rosa, entre otras manifestaciones de la madre na-



turaliza. Contempló con tristeza cómo la *Pachamama*, la diosa, ha palidecido su verde color, ha sucumbido al ruido de la contaminación, no halla dónde posarse porque no se ven los exuberantes árboles que yacían en dichas praderas, donde hoy sólo hay cimientos de concreto y sombras apresuradas.

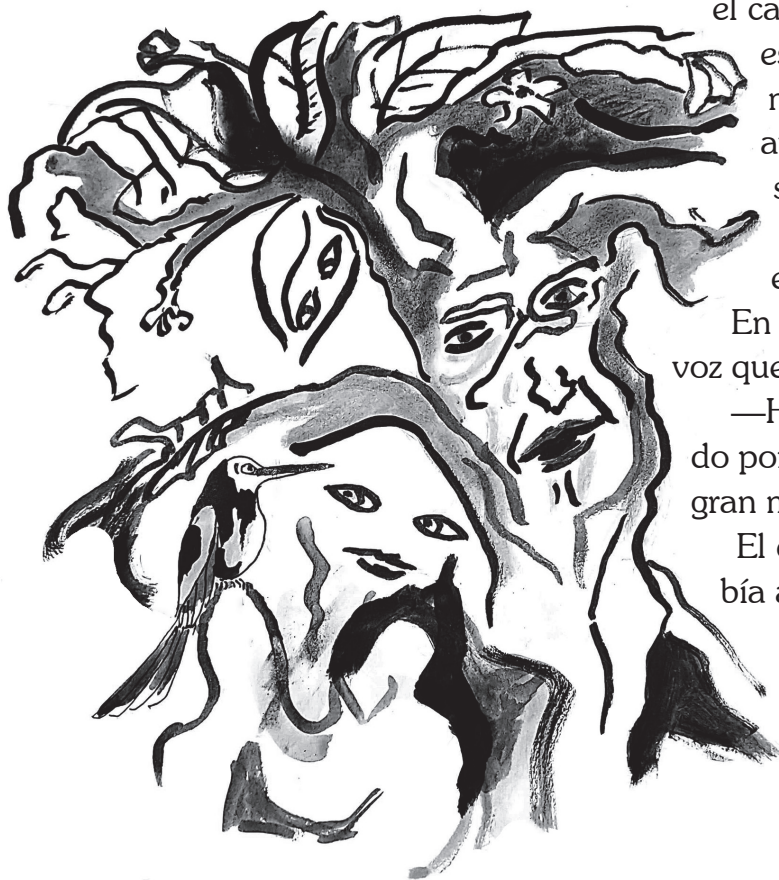
Un sonido tenue logró identificar: un llamado que le hacían desde la profundidad del bosque. Aturdido aún por el cautiverio y por la ciudad escandalosa de la cual escapó, decidió seguir el llamado. La madre llamaba a su hijo. Durante horas, aleteó y voló, atravesando vientos y lluvias, pero nada detuvo su vuelo. Después de un agotador viaje, llegó al lugar de donde provenía el llamado. Se posó en un árbol a beber agua del rocío de las hojas.

En un instante, el sonido tenue se convirtió en una voz que le decía:

—Hijo, te necesito. Soy tu madre y te he buscado por mucho tiempo. Has llegado. Ahora tienes una gran misión.

El colibrí sintió miedo, sus alas temblaban, no sabía a qué se enfrentaba.

—Hijo. Por tu valentía y tu coraje, hoy te otorgo ser el *Mensajero* y el *Guardián del tiempo*. Deberás hacer un viaje singular para remediar



mi triste situación. Me veo agotada, desgastada, manipulada, sucia y sólo tú podrás ayudarme.

Las alas del colibrí empezaron a batirse rápidamente, un solo bamboleo daba a entender que sus alas eran más rápidas que el viento. Con cada aleteo, la realidad en la que estaba se desvanecía... pareciera que alguien arrancara ese lienzo y colocara uno nuevo, pues se había transportado en el tiempo y ahora se encontraba en un lugar diferente.

A su alrededor, montañas que exaltaban majestuosos verdes, árboles frondosos en cuyas copas se veía jugar la vida entre aves, osos y ardillas. Él, en su interior, sintió la diferencia de la diosa, sabía que no era la misma de la realidad de la cual escapó. Se encontraba en un tiempo diferente donde no existían invasores y destructores de la vida. Se hallaba extasiado por tanta belleza. De pronto, encontró en su camino un oso andino y, apresurado por saber en qué lugar y época se encontraba, le preguntó:

—Tú, que vas viajando por todos los caminos de los Andes, dime ¿en qué lugar estoy?

Con cierta sorpresa, el oso respondió:

—Has llegado al gran nudo de los Pastos. Estás volando en el corazón del bosque andino.

El Guardián del tiempo quiso preguntar:



—Dime ¿dónde puedo encontrar las ciudades y las grandes construcciones de los humanos?

Pero *Jukumari*, el oso, replicó:

—No conocemos de ciudades y grandes construcciones. Solamente te puedo hablar de grandes valles y ríos que bañan este maravilloso bosque. Si buscas a los humanos, se resguardan en pequeños bohíos; y, alrededor de los pétalos rojos de la vida, se reúnen en los ocasos para pedir a la *Pacha*, a *Inty*, a *Quilla*, los dioses. Hacen ofrendas y alabanzas para agradecer la vida y la fertilidad, guiados por el gran Cacique.

El colibrí agradeció al oso y se marchó del lugar, en busca del Cacique. Con las instrucciones de *Jukumari* salió en busca de los pétalos rojos de la vida que iluminan el ocaso entre las alabanzas de los indígenas.

